

## Quevedo y el Romancero

**P**ara Francisco de Quevedo y Villegas el género romance fue una más de las formas poéticas a través de las cuales expresó su visión del mundo. En los romances, Quevedo hizo gala tanto de un brillante conceptismo como del lenguaje popular; lo mismo se sirvió de ellos para expresar conceptos morales y filosóficos que para burlar y desmitificar; en ellos trató temas españoles como clásicos. El número de romances en la producción de nuestro autor no es el más abundante, pero es suficiente como para que podamos encontrar en él los rasgos distintivos de la obra quevediana. Por otra parte podíamos apuntar que el maestro del conceptismo no sólo utilizó el metro romance sino que mantuvo alguna de las características principales del género.

Cuando Quevedo nace (1580), el romancero tenía tras de sí una larga historia; los romances viejos ya habían alcanzado su máxima popularidad y el romancero nuevo estaba en ascenso. A Quevedo le tocará vivir la decadencia de este último y participar activamente en el esplendor de las jácaras o romances de jaques (gentes de la mala vida).

Quevedo, con una personalidad altamente contrastante y una capacidad infinita para crear con el lenguaje, no desdeñó utilizar la forma del romance para sus polimórficas creaciones, pues igual lo empleó para alabar que para zaherir, lo mismo le dio aire profundo y filosófico que burlesco o populachero.

Pero veamos paso a paso como está presente en Quevedo la amplia tradición del romancero. En primer lugar Quevedo conocía los romances viejos y los utilizaba como punto de referencia de todos conocido al escribir algunos de sus propios romances, lo cual nos indica la vigencia del romancero viejo. Muchas veces la presencia del romance tradicional en Quevedo toma forma de parodia creando lo que Manuel Muñoz Cortés\* ha llamado "metáforas sobre palabras ejes", esto es creación de una realidad semántica a partir de una palabra dada, asociando significados paralelos del ambiente al que remite la palabra.

Un ejemplo del manejo que hace Quevedo del romancero viejo sería "La toma de Valles Ronces, romance con su comentario", atribuido a Quevedo en la última parte del

### *Parnaso Español.*

Mala la hubisteis, franceses  
donde los doce y los trece

la caza de Valles Monces,  
no llegaron a catorce

(B.A.E. LXIV p. 528).

Versos en los cuales juega el autor con el referente heroico y conocido del romance antiguo para transformarlo en un juego de palabras sobre los doce (pares de un principio) que se vuelven simple número despojado de todo aliento épico; y remite al lector a la derrota de Carlomagno para hablar de las victorias españolas de 1635 sobre los franceses en Flandes.

Pero el espíritu iconoclasta de Quevedo no se detiene en figuras extranjeras, sino que continúa en los temas nacionales españoles incluso aquellos nunca tratados en forma burlesca anteriormente (R. M. P. *Romn. Hisp.* p. 198), como demuestran los romances sobre el rey Don Pedro y los infantes de Carrión. Este último se inicia parodiando el romance del Conde Claros.

Medio día era por filo  
cuando después de mascar  
la gorra sobre los ojos  
boquiabierto y cabizbajo

que rapar podía la barba  
el Cid sosiega la panza,  
y floja la martingala  
roncando como una vaca.

En este romance el contraste se vuelve violento al seguir al primer hemistiquio, ligeramente modificado del modelo, (substitución de "noche" por "día") una imagen cotidiana y desaliñada sobre el rapar la barba en vez de la ubicación poética de los gallos querían cantar jugando con el doble sentido de la palabra "filo" (palabra eje). El romance proseguirá con imágenes burlescas sobre la cobardía de los infantes y sobre un Cid rústico, completamente despojado de aliento épico.

Estos dos ejemplos son muestra del espíritu que alentaba a Quevedo que, si bien por una parte era "patriotero y casticista hasta extremos hoy, desde luego, intolerables, (era) también un extraordinario crítico de la sociedad decadente, fantasiosa y vulgar de su tiempo; terrible desmitificador..." (Blanco Aguinaga, et al *Hist. soc. de la lit. esp.* I, p. 328).

Pero el escritor madrileño también proyecta en los romances otra característica de su tiempo, que es la referencia a los temas clásicos ya sea en forma erudita o popular. Ejemplo de estos romances serían el de "Diógenes



\* Muñoz Cortés, Anales de la Universidad de Murcia, curso 57-58.

y Alejandro" o el titulado "Jocosa defensa de Nerón y el señor rey don Pedro de Castilla" (Durán XVI p. 523-524), que debe haber tenido bastante difusión ya que también se publicó en *Romances varios de diversos autores* en 1664. Este romance, además de conservar algunos restos de los rasgos estilísticos del romancero viejo, como son las repeticiones, paralelismos, enumeraciones, etc., ejemplifica el estilo burlesco quevediano.

Cruel llaman a Nerón como si fueran los dos Estos dos sí que inventaron las dietas y medicinas	y cruel al rey Don Pedro Hipócrates y Galeno las purgas y cocimientos boticarios y barberos.
---	---

Estos versos nos muestran, además de un estilo netamente romancístico, la burla no sólo a los sujetos del romance, sino a los médicos, detestados por Quevedo.

Por otra parte con este romance Quevedo se inserta en la línea propagandística que debe haber tenido el romancero, sobre todo en el caso del rey Don Pedro (cf. Ana Valenciano), ya que ésta es la época en la cual se trata de hacer una reivindicación de este personaje (recuérdese la substitución de apelativo, mandada hacer por Felipe II, de "Cruel" por "Justiciero"). Pero la reivindicación que realiza Quevedo es una reivindicación en la que más que revalorar al personaje, el autor se burla precisamente de esos intentos; un poco parece decirnos que si justificamos a Don Pedro, por qué no a Nerón.

En el romance la disculpa de las acciones negativas se hace en forma obviamente jocosa en el caso de Nerón; en apariencia el objeto de su burla es el emperador romano y la defensa del rey castellano es más seria.

Pues don Pedro de Castilla Qué hizo sino castigos	tan valiente y tan severo y que dio sino escarmiento
--	---

La verdad es que el mero hecho de compararlo con Nerón, y versos irónicos como éste:

Y si mató a don Fadrique mucho le importó hacerlo

amén de otras alusiones, nos dan la pauta del verdadero sentido del romance: una burla a las reivindicaciones en favor del rey don Pedro hecha en su época.

Al final del romance Quevedo deja ver otra de sus características personales, el nacionalismo, al descargar toda la culpa del asesinato del Rey sobre el francés Beltrán Du Guesclin aliado de don Enrique.

Por otro lado el gusto conceptista de Quevedo se integra en forma magistral en versos como los siguientes, que, de acuerdo al gusto del romance barroco, se agrupan en cuartetos de octosílabos como si fueran coplas (cf. Muños Cortés).

Si doña Blanca no supo Qué mucho que la trocase	prenderle y entretenerlo siendo moneda en su reino
--	---

Versos en los cuales juega con el significado de la palabra "blanca" para designar tanto a la reina como a la moneda de aquel tiempo, con lo cual da una idea diferente sobre la relación entre la reina y Don Pedro, sugiriendo las relaciones adulterinas que le atribuye la tradición

popular a aquélla con Don Fabrique, dándolas a entender con la imagen de la moneda que pasa de mano en mano.

Cabría hacer la reflexión, viendo el romance desde un punto de vista propagandístico, si la mención al "montañés" al final del texto, además del significado de tabernero que le atribuye a esta palabra Marín, no podría ser una alusión al Canciller de Ayala, de origen montañés, que fue maestro publicitario de los Trastámara en este asunto.

Pero Quevedo no sólo está presente en forma burlesca en los romances sino que esta forma literaria también la utilizó seriamente. Ejemplo de esto es el romance "A don Alvaro de Luna", incluido en la "Musa IX, Urania, poesías sagradas, morales y fúnebres, del *Parnaso Español*."

En este romance, así como en el que "describe el aparato y concurso que hubo en el suplicio de Don Alvaro de Luna" publicado en diversas colecciones de romances y pliegos sueltos, Quevedo nos muestra su concepción estoica del mundo en la cual hay un destino inevitable al mismo tiempo que una sujeción a una voluntad divina que hay que soportar con cristiana resignación.



En el caso de los romances del Condestable Luna, Quevedo no hace apología política, ni exaltación de valores históricos, sino que se limita, en versos de angustiada entonación y conceptismo agudo, a hablarnos de la caridad cristiana.

Hagan bien para hacer bien por el alma de este pobre  
de la vanidad de este mundo:

Dadle limosna señores ¡Oh mundo vano caduco  
cómo pagas a quien pone sus esperanzas en ti!

La potencia igualadora de la muerte:

Den para enterrar el cuerpo del rico ayer y hoy tan pobre  
que si no le dan mortaja no la tiene y no hay de donde.

y la superioridad divina con respecto al hombre:

Y cuantas te dije a solas que el hombre que en hombre espera  
Le hace a Dios su contrario, Dios a el hombre casi bestia.

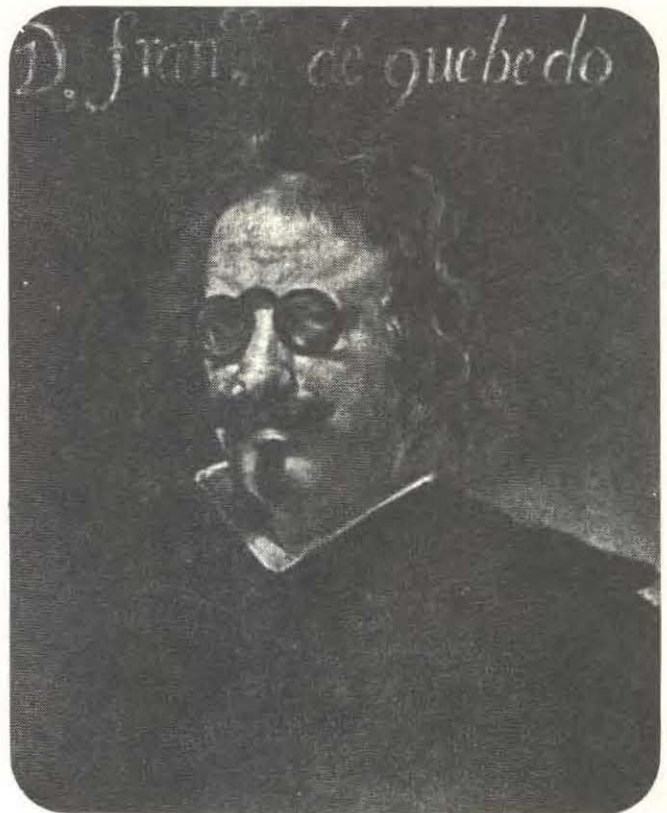
B.A.E. LXIX p. 354.

El tono de estos romances prolonga la tradición medieval de recordar lo pasajero de este mundo con sus galas y halagos.

El conceptismo no está ausente; la potencia de Quevedo para jugar con las palabras es luminosa.

Vengo hermosísima Luna a decirte como empiezas  
hoy a ser Luna en el mundo pues que tu noche se llega

Diciendo aquesto se fue Llorando al Conde la deja  
y de ver llorar la luna se enlutaron las estrellas



Pero esta habilidad para jugar con el lenguaje aparece también en la última de las formas romancísticas: la jácara.

Ya está guardando en la trena	Tu querido Escarramán,
Que unos alfileres vivos	Me prendieron sin penar.
Andaba á caza de gangas	Y grillos vine á cazar,
Que en mí cantan como en haza	Las noches de por San Juan.

Vemos en estos versos sobre el jaque Escarramán el juego con las palabras alfileres, prender y grillos (como insecto y como cadenas), típico del estilo quevediano.

Es especialmente famosa esta "Carta de Escarramán a la Méndez", tal vez por haber sido la primera composición en que el género vulgar alcanzaba verdaderos vuelos literarios, en un momento, además, en que estos romances de jaques tenían gran popularidad a costa de los romances nuevos que a su vez habían desplazado a los viejos.

Los romances de Quevedo reflejan pues perfectamente el estilo y la personalidad de su autor. En ellos encontramos al conceptismo del que fue maestro indiscutido, la capacidad para mezclar y desarrollar tanto el lenguaje culto como la jerga de germanías y los giros populares, la exaltación de una idea nacional española al lado de una crítica acerba y desmitificadora.

Quevedo participa a través de los romances, como de todas sus otras composiciones poéticas, de la cultura barroca; de ahí sus posiciones y formas de expresión tan contrastadas.

